



La Crisis del Anarquismo

SUMARIO:

PRECIO $ 0.20

1921

¿Soviet o Dictadura?

EL GRAN DILEMA DE LA REVOLUCION RUSA

Publicación indispensable para todos los que deseen conocer la evolución histórica, el significado social y la verdadera finalidad de la ideología sovietista que hoy tan febrilmente se apodera de las conciencias proletarias en todos los países del orbe.

SUMARIO:

Rodolfo Rocker: "¿Soviet o Dictadura?". — **Emma Goldmann** y **A. Berkmann:** "Cartas desde Rusia". — **Pedro Kropotkin:** "Llamado a los pueblos occidentales: contra la intervención capitalista y contra la dictadura política". — **Rodolfo Rocker:** "Los prinicipios en lucha: marxismo, bolshevikismo y anarquismo". — **Makno** y la aplicación de los principios anarquistas en Ukrania

PRECIO DE VENTA $ 0.20 EL EJEMPLAR Y $ 15 EL CIEN

EL CONGRESO DE BOLONIA

DE LA UNION COMUNISTA ANARQUICA ITALIANA

Folleto de 48 páginas conteniendo los informes enviados al Congreso de Bolonia sobre "Anarquismo y acción sindical". "Los Soviets y su constitución" y "Por una agitación pro víctimas políticas", los debates efectuados sobre las más importantes cuestiones para el proletariado revolucionario y las resoluciones adoptadas en los asuntos siguientes:

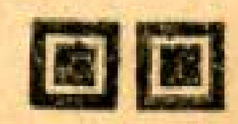
Declaración de principios. — Nuestro programa. — Pacto de alianza. — Relaciones con las organizaciones obreras de resistencia. — La prensa de ideas. — La Revolución Rusa. — El frente único. — Los Consejos de fábrica. — La Tercera Internacional. — La Internacional Anarquista. — Los soviets y su constitución. — La agitación pro-víctimas políticas.

PRECIO DE VENTA $ 0.20 EL EJEMPLAR Y $ 15 EL CIEN

Publicaciones de la "EDITORIAL ARGONAUTA"

Garufa

La Crisis del Anarquismo



EDITORIAL ARGONAUTA
BUENOS AIRES
1921

NOTAS PRELIMINARES

Extrañará al lector el título de este folleto. ¿Es que el anarquismo se encuentra en crisis? ¿Ha fracasado quizás frente a la experiencia de la Revolución Social? ¿Nuevas doctrinas han venido a destruir su posición revolucionaria?

Por la afirmativa a todos estos interrogantes contestarán, sin duda alguna, sus adversarios y alborozados anunciarán que la crisis del anarquismo es señal indudable de su próximo y total aniquilamiento. Pero he aquí que los anarquistas mismos reconocen que su ideal y su organización atraviesan hoy por una dura crisis. Más aún: que constantemente han venido atravesando por períodos de crisis. Pero, al revés de sus adversarios, afirman que precisamente esas épocas de crisis demuestran la vitalidad de la doctrina, el rejuvenecimiento continuo de sus tácticas, la renovación incesante de sus filas .

Así la guerra europea significó para el anarquismo — como para todas las ideologías sociales — una de esas épocas de crisis. La revolución rusa es ahora otra. Ella impone la depuración de las ideas, la definición en los individuos. Frente a ella es menester para el anarquismo revisar nuevamente sus doctrinas y sus tácticas. Salvaráse luego de la prueba a condición de que, sin permanecer reacio hacia la gesta revolucionaria cumplida en Rusia, consiga superar el actual estancamiento de ideas y realizaciones en que ha caído la revolución para encauzarla una vez más hacia la total realización de sus aspiraciones.

No es el propósito de este folleto discutir si tal cosa se está realizando o no. Sólo pretende plantear el problema desde un punto de vista puramente doctrinario. A este respecto son conocidas las posiciones en disputa. En efecto, ¿está llamado el neo-comunismo (creación bolsheviki) a solucionar la vieja querella entre colectivistas y anarquistas o es únicamente un nuevo

nombre para recubrir la vieja orientación reformista y autoritaria? En el arduo problema de las Internacionales, ¿conseguirá la Tercera agrupar a todo el proletariado revolucionario o será únicamente una nueva fracción ajena al espíritu que animó a la Primera, a la Internacional de los Trabajadores? Aun más, ¿ha de ser posible en estos tiempos revolucionarios salvar de su ruina al viejo armazón del Estado mediante la instauración de un Estado proletario? En suma, ¿menester será renegar — como algunos anarquistas lo han hecho — de aquello que constituye la esencia misma del anarquismo, esto es la concepción libertaria de la revolución, para adoptar un criterio autoritario, tratando de dirigir a la misma mediante la llamada "dictadura del proletariado"?

Tales son los mayores interrogantes que han agitado al ambiente anarquista. Y aunque la discusión ya ha cesado en Europa, ella se mantiene viva todavía de este lado del Océano. Sea entonces bienvenida por su oportunidad esta selección de algunos buenos artículos sobre las más importantes cuestiones que han trabajado la honda crisis. Además, ¿no serán sus firmantes, Luis Fabbri, Catilina y L. F. una sola y misma persona y ella uno de los más viejos y esforzados luchadores de la anarquía, uno de los más autorizados por lo tanto para emitir una opinión ecuánime en este pleito?

Cierra el folleto un trabajo sobre "La función anárquica en la revolución", a manera de síntesis y complemento a la vez de los anteriores; sirva también de mentís categórico a los que niegan la posibilidad o la existencia de una dirección libertaria en la obra de reconstrucción social, de una función anárquica en tiempos revolucionarios.

Si esta selección nuestra, así entendida, sirviera para aclarar en muchos el alcance y significado de las querellas que dividen actualmente al movimiento revolucionario (y quizás en algunos para lograr la emancipación de viejas y hueras fórmulas o de nuevas y bastardas o de actitudes de reniego) nuestro esfuerzo habría sido colmado con creces.

PERÍODOS DE CRISIS



Varias veces, sea directa o indirectamente, hemos hecho alusión a las crisis que sufre el movimiento revolucionario.

Equivocaríase quien se descorazonara demasiado y se cruzara musulmanamente de brazos en espera de que pase la hora gris. Aun dentro de los periodos menos confortantes de la evolución social, hay un deber a cumplir para los hombres de fe y de voluntad, un trabajo de demolición y de siembra a efectuar. Ciertamente que es desconfortante, para el que vive de la lucha y sobre el terreno de la lucha brega desde hace años y años, sentir el vacío en torno suyo y ver cómo triunfa en cambio la corrupción más descarada, la degeneración más intensa y el escepticismo egoista más insultante en un mar de retórica y de verbalismo sin sinceridad y sin ideales.

Con todo, es necesario resistir a esta malvada corriente. Y en esta resistencia es necesario tener un propósito de lucha bien claro, un punto de llegada, por lejano que sea, juntamente con la tenacidad de aferrarse desesperadamente a la propia bandera, para no ceder, para dejar pasar el flujo de los sucesos que no nos satisfacen, que repugnan a nuestra conciencia, que quisieran extinguir en nosotros la llama de la esperanza en el porvenir.

Nuestro ánimo oscila de contínuo entre un excesivo optimismo y un pesimismo igualmente excesivo. Para evitar estos dos escollos, en los que iría a estrellarse nuestra obra, es necesario saber mirar las cosas desde un punto de vista lo más alto posible y no fosilizarse en la visión exclusiva de las vicisitudes del propio partido, de la propia iglesiuca, de la propia fracción. No obstante, entre los anarquistas existe esta tendencia perniciosa a aislarse del mundo, a no ver más allá de lo que ocurra fuera del estrecho cerco del movimiento anarquista que podríamos llamar oficial, que lleva el nombre y el vestido exterior del anarquismo.

De aquí los descorazonamientos repentinos ante los fracasos y las discordias intestinas, de aquí las esperanzas exaltadoras ante algún éxito exterior simpático o impresionante. Muchos de los nuestros no se dan cuenta de que todo un mundo pesa sobre nosotros y determina y modifica y neu-

traliza nuestra obra, al punto de que los éxitos les parecen como mérito exclusivo nuestro y las derrotas como consecuencia de no se sabe nunca qué humana maldad nuestra o ajena. La verdad es que nosotros no podemos sustraernos al ambiente que nos rodea, y si en parte nuestras deficiencias tienen su importancia—razón por la cual debemos procurar siempre irnos mejorando—, sobre todo la crisis de nuestro específico movimiento es también la repercusión de toda la crisis que trastorna el mundo contemporáneo del pensamiento y de la acción.

* * *

¿Quién no recuerda, hace de esto unos veinticinco años, la seguridad confiada con que pensábamos en la anarquía como si fuese algo demostrable a modo de teorema geométrico? Toda la filosofía científica, o la ciencia filosófica si así se prefiere, se puso a contribución para demostrar, como dos y dos son cuatro, que la autoridad es un mal, que la propiedad es un robo y que el comunismo era posible. La astronomía y la geología, la fisiología y la biología, el materialismo y el positivismo, todo lo que se puede saber en suma, nos servía para demoler la sociedad burguesa, ¡y en ayuda nuestra venía la literatura verista...

¿Fué un paso necesario o fué una infatuación perniciosa? Es inútil discutirlo. Tal vez fué algo bueno y algo malo a la vez. Bueno por todo lo que del viejo religiosismo fué cancelado en una generación surgida entre el florecimiento de los falsos idealismos burgueses; malo por la tendencia a tomar por verdad demostrada e indiscutible lo que en el campo científico no era más que hipótesis, hipótesis más razonable, más probable, más humana que las hipótesis metafísicas de los idólatras y de los adoradores del Estado. Sea como fuere, hoy que la revisión científica y la crítica filosófica han demolido más de una de aquellas "certidumbres" científicas y filosóficas de que tanto nos valíamos, hoy podríamos preguntarnos: ¿Tiene por esto la anarquía menos razón de ser?

No. La anarquía queda, porque subsisten las condiciones de hecho que nos hacen maldecir y combatir la autoridad estatal y la explotación capitalista. La anarquía no se ha casado con ningún dogma científico; de las varias hipótesis de la ciencia se sirve de ellas como de armas demoledoras que tira luego que considera inservibles. La revolución que desean apresurar los anarquistas no está subordinada a ningún apriorismo científico, sino solamente a la necesidad, a la fuerza que la obstaculiza, mientras esta fuerza no sea posible vencerla. Nosotros no creemos que la ciencia pueda hacer quiebra, pero si así fuese... tanto peor para ella; no por esto la opresión y la explotación dejarían de ser hechos reales contra los cuales sentimos lo mismo la necesidad de rebelarnos hasta que desaparezcan, hasta su completa eliminación. De aquí la perenne juventud del espíritu de rebeldía, de la anarquía.

Se suele hoy tomársela con la ciencia como si fuese una mala mujer que no mantiene sus promesas. La verdad es que la ciencia no nos ha prometido nada, sea lo que fuere que nosotros hayamos dicho en el ardor entusiasta de nuestra propaganda. Por esto no hacemos coro a los que la denigran. La crisis que ésta atraviesa no es cosa nueva; la ciencia está perpétuamente en crisis. Esta no perjudica, lo cual no quita que todo periodo crítico lleve consigo una perturbación a los que habían hecho hincapié en ciertas hipótésis.

En el mundo del pensamiento contemporáneo, nosotros debemos encontrar precisamente una perturbación general, una crisis que tiene su repercusión sobre el pensamiento anarquista, como en cualquier otro campo de ideas y de vida social. Ninguna de las afirmaciones actuales de la filosofía y de la ciencia nos satisface por completo ni vence nuestras dudas; ninguna de ellas, mientras deshace una hipótesis vieja, nos muestra nuevas sombras que deseen la luz, ni nos hace entrever nuevos peligros para la causa de la emancipación del espíritu humano. Podríamos afirmar que el actual renacimiento idealista responde también a una necesidad de nuestro ánimo, al que tampoco dejábalo satisfecho el árido positivismo; pero entre tanto nos turba la visión de un peligro posible, o sea, que las tendencias idealistas nos empujen demasiado hacia un espiritualismo que forje nuevas cadenas y nuevos dogmas, obstáculos renacientes puestos a la liberación suprema del hombre de todas las opresiones tanto morales como materiales.

* * *

A esta crisis espiritual se agrega una crisis más material, más baja, en el mundo político y económico más cercano de nosotros.

No hablemos de la burguesía, de esta vieja y fea prostituta que en su tiempo venció en nombre de grandes ideas y hoy reniega de todo su pasado y vive en contínua contradicción entre sus palabras y sus actos, por no tener más actividad que la de atraer dentro de su órbita corruptura, bajo el manto de la democracia, las energías vivas del proletariado, reduciéndolo todo a una cuestión de compraventa a base de dinero: todo, ideas y conciencias, partidos e indivíduos. Algún día nos hicimos la ilusión de que la burguesía estaba moribunda, y ahora nos damos cuenta de que revive, más suciamente, sí, pero también más fuerte, como aquél personaje fantástico de Balzac que de tanto en tanto se apropiaba la fuerza vital de juventud viril, extinguida como se apaga una lámpara de la que se saca el aceite para encender otra.

La burguesía mata de este modo toda idea nueva y todo partido de vanguardia, absorviendo sus mejores fuerzas e identificándoselas. Y esto continuará hasta que la revolución interrumpa violentamente la obra de explotación, no solo de explotación del trabajo, sino también de las energías, de las idealidades, de los entusiasmos de aquellos que se dicen y

se han creido durante mucho tiempo enemigos de las instituciones actuales.

Consideremos ahora la crisis que trabaja los partidos, las fracciones y las organizaciones de que esperábamos tantas cosas no hace mucho tiempo aún.

Había antaño un partido republicano, adversario nuestro, claro está, pero del cual se podía esperar una función útil para derribar por lo menos en nuestro camino el primer obstáculo, el del privilegio dinástico. Y hételo hogaño ahogándose por completo en las aguas estancadas del parlamentarismo, aliado con la burguesía; su único acto hostil consiste en votar... alguna que otra vez contra un ministerio. Y hete al partido socialista conquistado completamente por los poderes capitalistas y gubernativos, convertidos en el puntal más eficaz de la monarquía. La última página de su historia parlamentaria es de lo más oprobioso que pueda darse, oprobio que, no obstante, no levanta la protesta enérgica y consciente de las masas.

Y si echamos un vistazo a otro lado, veremos a los pigmeos del sindicalismo politicante ávidos de éxito; rabiosos porque no pueden llegar, contra aquellos que ya han llegado a la meta personal que se propusieron, señalando al proletariado bajo nombres nuevos un camino viejo, el camino de un reformismo que comienza por donde termina el viejo reformismo: un reformismo de un utilitarismo desvergonzado que no deja de ser tal porque sea de clase.

Y agreguemos el movimiento de repercusión del proletariado, el sindicalismo económico que se desarrolla en el ambiente de las organizaciones obreras, acaso más puro, pero no menos inseguro en sus finalidades, no menos preñado de peligros para el porvenir. He hablado tantas veces de él, que es inútil que me repita. ¿Quién nos dirá, entre los partidarios de la organización obrera, y lo somos también nosotros, el buen camino que ésta debería seguir? Teorías no faltan a porrillo, pero ante el acto práctico las teorías más revolucionarias ceden el puesto a los hechos más reformistas, a los acomodamientos más humillantes, a las genuflexiones más dolorosas. Las últimas huelgas campesinas y ciudadanas dan fe de este aserto.

Confesemos que esta situación embarazosa no puede inculparse a unos pocos directores. Sería demasiado cómodo creerlo. El egoismo y la maldad de algunos puede haber tenido parte en ello; pero no nos disimulemos que hechos tan generales tienen su determinante en causas más vastas e impersonales. La verdad es que estamos dando vueltas en un círculo vicioso que sólo la revolución podría romperlo, y que cuanto más nos dejamos llevar por los acontecimientos, aguantando la realidad actual, más la revolución se aleja y se hace difícil.

¿Podía el anarquismo ser el único que escapara de esta especie de gravitación universal hacia la crisis? No, ciertamente. El anarquismo quiere la lucha, para vivir; y la calma,

si no lo mata, por lo menos lo amodorra. Así se explica en parte la inercia de muchos, y en parte esta inquietud acre formada por las polémicas y las discordias intestinas. No pudiendo devorar al adversario, el anarquismo da mordiscos a sí mismo, con una especie de sádica voluptuosidad. ¡Ah! Si la tempestad purificadora estallase, entonces, sí, según el dicho bíblico, los últimos serían los primeros. La desaparecida falanje anárquica, asfixiada por el ambiente que anula a los más y excita malsanamente a los pocos enérgicos, volveríase entonces eje de la situación, sería la triunfadora en la lucha desencadenada contra el viejo mundo.

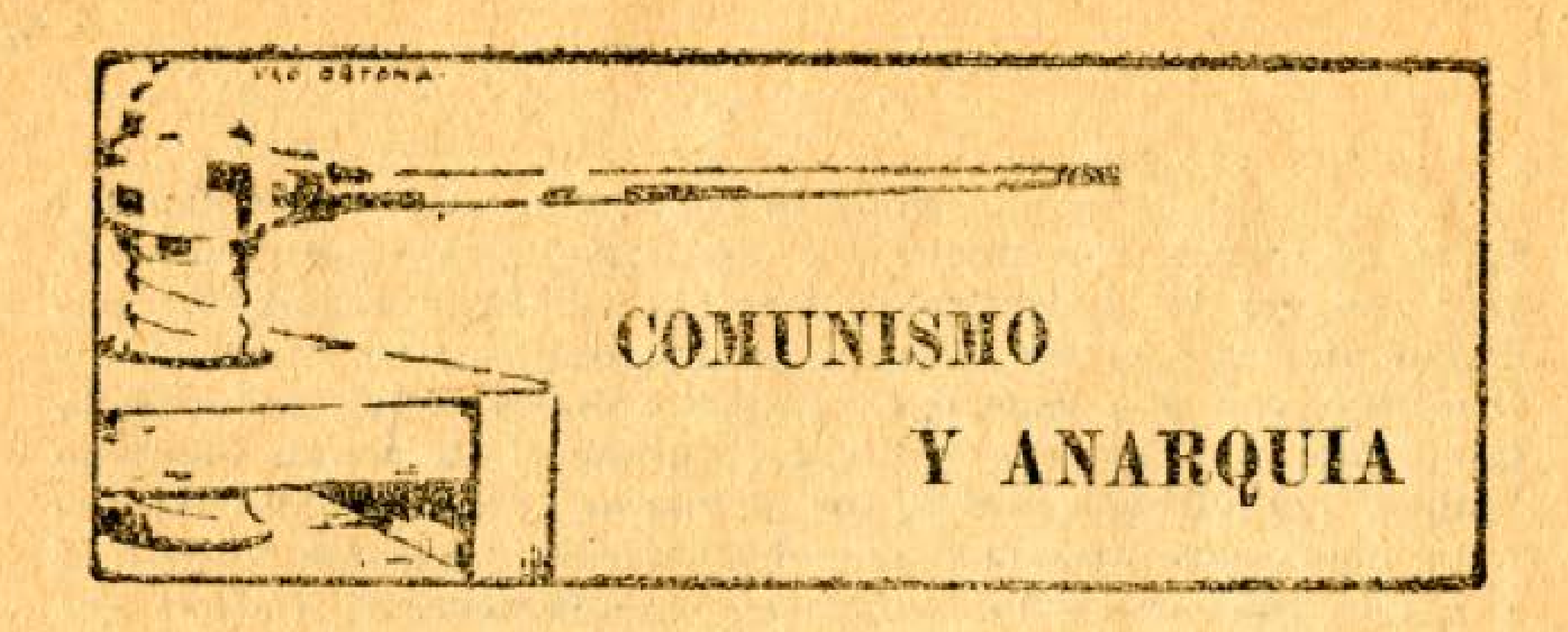
* * *

Pero entretanto, ¿que hacer? ¿Esperar supinamente que llegue la hora buena? No, que esta hora no llegaría nunca si no la preparásemos. ¿Encerrarse en la torrecilla de marfil de nuestras aspiraciones, de nuestros odios y de nuestros amores? No, que en el encierro de nuestro sueño de rebeldía y de liberación nos faltaría la fuerza popular sin la cual no hay revolución ni liberación posibles. ¿Seguir y servir a las masas en su vida a ras del suelo, vida de pequeñas rebeliones y sucesivos acomodamientos? No, que la acción de las grandes masas es siempre excesivamente utilitaria y hasta cuando parece ser rebelde tiende a adaptarse a lo menos malo del ambiente, sin modificarlo.

¿Qué hacer, pues? ¡Ah! Dificilísimo es resolver el problema y nosotros no estamos aquí para confeccionar milagrosos específicos que curen la malsana vida social. Pero el secreto del problema nos parece que se encierra todo en la rebeldía perenne contra la realidad, en la negación de la realidad vil que o nos aplasta o nos absorbe; rebeldía de pensamiento y de acción a la vez, individual y colectiva, que no se aisla de la masa en nombre de la hipótesis individualista pero que tampoco se deja arrastrar y anular por las mayorías demasiado deseosas de equilibrio en nombre de un derecho igualmente hipotético de las colectividades. Tener contacto con la multitud, sin la cual no puede haber revolución, pero resistir a sus tendencias de acomodamiento a la realidad presente, y para poder resistir, mantenernos agarrados con toda la fuerza de nuestros músculos a una bandera ideal nuestra, a una fé en nosotros mismos y en el porvenir, sin dejarnos zarandear por los aleteos del éxito inmediato, cuando éste no sea el éxito completo, la suprema victoria.

Los anarquistas podemos así vencer aún perdiendo, conservarnos aún pareciendo que en ciertos momentos vamos a desaparecer, ya que nada tenemos que conquistar para nosotros, pues somos un partido del porvenir, **solamente del porvenir,** que en el seno de la sociedad burguesa no tiene un fin inmediato a realizar para sí, fuera del de negar, de luchar, de rebelarse contra la fea realidad, de ser y reservarnos la protesta viva y activa, en todos los campos y en todos los momentos de la libertad humana.

L. F.



Los socialistas, esto es la fracción maximalista que hoy orienta la dirección oficial del "Partido Socialista Italiano", hace ya bastante tiempo que suele tomar los dos términos **Comunismo y Anarquía** como si fuesen antagónicos, como si la idea que ambas palabras significan se contradijeran y representara la una lo opuesto de la otra.

En Italia, donde desde hace más de cuarenta años estas dos palabras se adoptaron como un binomio inseparable, como términos que se completan y que unidos con la expresión más exacta del programa anárquico, tal tentativa es ridícula, no sirviendo más que para armar confusión en la idea y malos entendidos en la propaganda.

No estará demás recordar que fué precisamente un Congreso de la Sección Italiana de la Primera Internacional de Trabajadores, en 1876, el primero que afirmó que el comunismo era el sistema económico que mejor podría hacer posible una sociedad sin gobierno y que la anarquía (esto es la ausencia de gobierno), como organización libre y voluntaria de la producción social, era el medio de mejor actuación del comunismo. Lo uno venía a ser la garantía de la realización eficaz de lo otro. Más adelante, Pedro Gori, remarca bien que en una sociedad transformada por la revolución, según nuestra idea, el socialismo (comunismo) constituiría la base económica y la anarquía sería la finalidad política.

Estos principios e ideas como definición del programa anárquico , conquistaron derecho de ciudadanía, como suele decirse en el lenguaje político, hasta el final de la Primera Internacional en Italia (por el año 1880), en la cual los socialistas no anarquistas jamás se llamaron **comunistas.** Tal definición o fórmula del anarquismo, el comunismo anárquico, era aceptada en el lenguaje hasta por los escritores socialistas; cuando querían especificar su programa de reorganización social desde el punto de vista económico, hablaban, no de comunismo, sino de colectivismo y se llamaban en efecto colec**tivistas.**

Todo esto hasta 1918, es decir, hasta que los bolshevikis rusos, para diferenciarse de los social-demócratas, patriotas y reformistas, decidieron cambiar de nombre y llamarse comunistas, volviendo a la tradición histórica del célebre manifiesto de Marx y Engels de 1848 y de los socialistas alemanes anteriores al 1880. Y poco a poco casi todos los socialistas

adheridos a la Tercera Internacional de Moscú han terminado por llamarse comunistas, sin reparar en el cambio de significación de la palabra y en el cambio de situación del partido en estos últimos cincuenta años, cometiendo así un verdadero anacronismo.

Pero esto es asunto de ellos y nada nos inquietaría, si se hubiesen apresurado a explicar claramente cuál es el cambio de ideas que corresponde al cambio de la palabra. Es cierto que los socialistas maximalistas han modificado algo su programa del fijado en Génova, para Italia, en 1892, y en Londres para la Internacional Socialista, en 1896. Pero la modificación es exclusivamente sobre métodos de lucha (adopción de la violencia, atenuación del parlamentarismo, dictadura en lugar de democracia, etc.) y no se refiere al ideal de reconstrucción social que implican las palabras comunismo y colectivismo. Porque en lo referente al programa de reorganización social, los socialistas, incluso los maximalistas, en nada lo han modificado: en realidad, bajo el nombre de comunismo, siempre subsiste el antiguo programa colectivista autoritario.

* * *

La razón del equívoco consiste en esto: mientras nosotros, anarquistas, damos a la palabra **Comunismo** su verdadero significado, indicando un sistema de producción y de distribución de la riqueza (**de cada uno según su esfuerzo, a cada uno según sus necesidades**), esto es el significado de un sistema práctico de actuación socialista al día siguiente de la revolución, que corresponde, asimismo, al significado etimológico y a la tradición histórica, los socialistas quieren, con la misma palabra, indicar únicamente el método de lucha y el criterio teórico adoptado por ellos en el movimiento y en la propaganda.

Algunos socialistas entienden por comunismo sencillamente el método de la violencia autoritaria, con el cual quisieran imponer el socialismo por medio de leyes y decretos gubernativos; otros, con la misma palabra, quieren significar el complejo de teorías que corren bajo el nombre de marxismo, aunque no siempre son marxistas (lucha de clases, materialismo histórico, conquista del poder, dictadura del proletariado, etc.); estos últimos lo denominan a la vez "comunismo crítico", acoplando dos palabras que no tienen entre sí nexo lógico alguno.

Según nuestra manera de ver unos y otros están en error, ya que las ideas y los métodos arriba expresados pueden ser también compartidos por los comunistas y conciliarse con el comunismo (en cuyo caso tendríamos el comunismo autoritario y marxista), pero por sí solos no constituyen el comunismo verdadero, no bastan para caracterizarle y pueden muy bien en cambio conciliarse con otros sistemas socialistas y revolucionarios.

De cualquier manera cada uno se llama como quiere y, en efecto, nosotros no negamos del todo a los socialistas maxi-

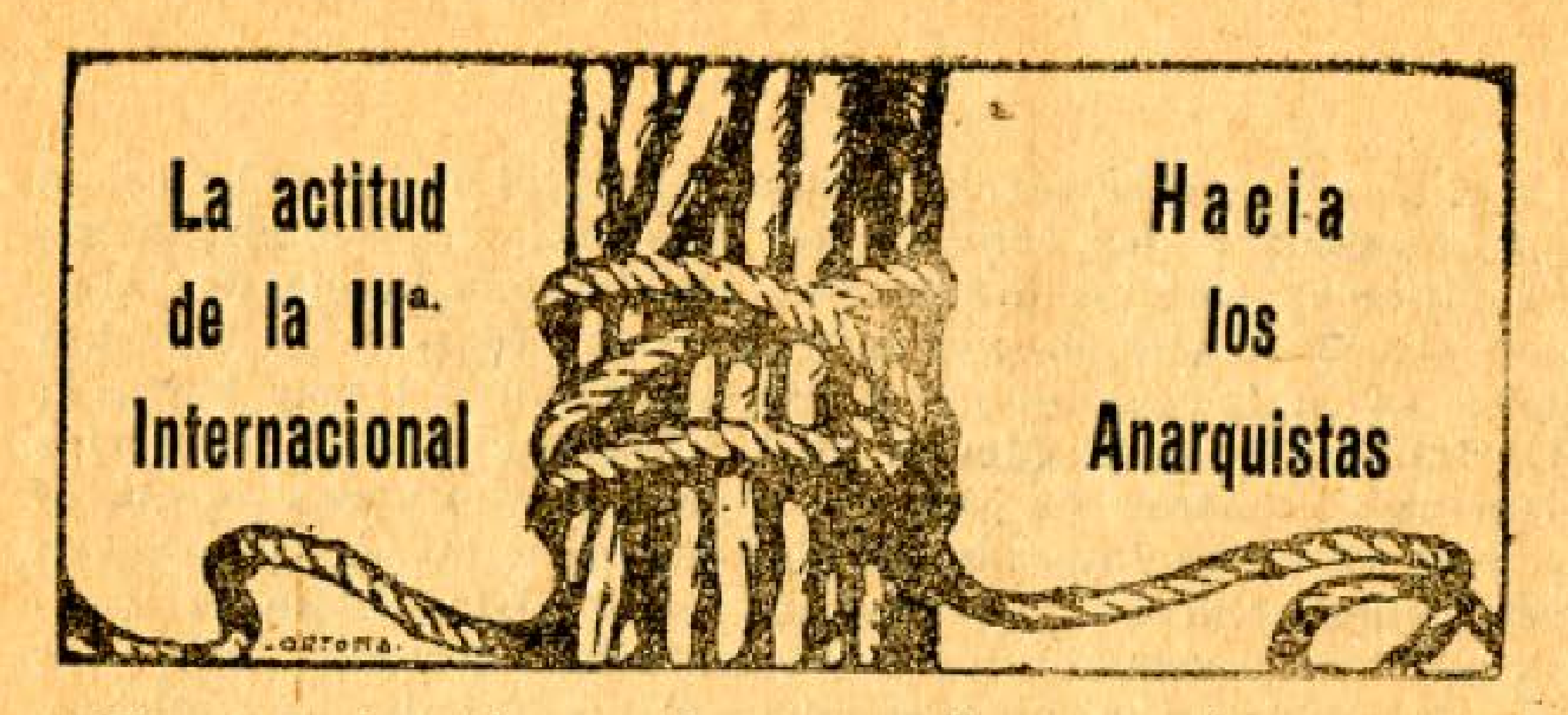
malistas el derecho de adoptar este nombre que ha sido absolutamente nuestro durante más de cuarenta años y que ninguna intención tenemos de renunciarlo. Pero cuando discutan de anarquía y con los anarquistas, nuestros neocomunistas tienen la obligación moral de no simular ignorancia del pasado, de no apropiarse de este nombre hasta el extremo de pretender su monopolio y crear entre los dos términos **Comunismo** y **Anarquía** una incompatibilidad artificial y mentirosa.

Sabido de todos es que nuestro ideal, sintetizado en la palabra **Anarquía**, tomado en su contenido programático de organización libertaria del socialismo, se ha llamado siempre comunismo anárquico. Así toda la literatura anarquista y socialista en sentido comunista, hasta el fin de la Primera Internacional. El colectivismo estatal y legalitario por un lado y por el otro el comunismo anárquico y revolucionario eran las dos escuelas en que se dividía el socialismo hasta el estallido de la revolución rusa. ¡Y cuántas polémicas hemos tenido desde 1880 hasta 1918 con los socialistas marxistas y con los modernos neocomunistas sosteniendo la fórmula comunista en contra de un colectivismo de corte militarista germánico!

Ahora bien, el ideal de ellos sobre la reorganización futura ha permanecido el mismo, acentuándose su carácter autoritario. Entre el colectivismo que era entonces objeto de nuestra crítica y el comunismo actual de los neocomunistas, la diferencia está únicamente en el método y en los motivos teóricos, no en el fin. En verdad retorna al comunismo de Estado de los socialistas alemanes de principios de 1880, (el "Volk-Staat", Estado popular) del cual Bakunin hizo una crítica muy corrosiva, y aun el socialismo gubernamental de Luis Blanc, demolido definitivamente por Proudhon; pero sólo desde el punto de vista secundario político, del método revolucionario estatal, no del punto de vista económico propio de la organización de la producción y de la distribución de la riqueza, sobre el que Blanc y aun Marx mismo vieron más claro y más amplio que los neocomunistas modernos.

El contraste, la contradicción, no está, pues, entre el **comunismo** y la **anarquía**; sino entre el **comunismo autoritario** o **estatal** y el **comunismo libertario** o **anarquista**. Si hay que buscar una contradicción en los términos, no se hallará ésta entre **Comunismo** y **Anarquía**, que se integran tanto que uno no es posible sin el otro, sino más bien entre **Comunismo** y **Estado**. Por lo menos su conciliación es muy difícil y queda subordinada al sacrificio de toda libertad y dignidad humana hasta hacerla casi imposible, hoy que el espíritu de revuelta, de autonomía y de iniciativa está extendido entre la masa, anhelosa no sólo de pan, sino también de libertad.

Luis FABBRI.



Hay todavía, entre muchos compañeros nuestros, una gran incertidumbre sobre la posición que se debe tomar frente a la IIIª Internacional. Bien que sean evidentes las razones de principio que nos alejan de ella, sin embargo el temor de favorecer con una oposición demasiado abierta a los opositores burgueses y social reformistas, que combaten a la IIIª Internacional, no por lo que ésta tiene de democrático y de autoritario, sino por lo que contiene de revolucionario y por la influencia entusiasta que ejerce sobre las masas, inclina a algunos compañeros a descuidar los aspectos que nos separan de la Internacional moscovita.

Y hasta algunos compañeros, aún viendo perfectamente que si nos dejásemos arrastrar por la corriente bolsheviki muy pronto el movimiento anarquista desaparecería y los anarquistas renegarían entre sí de aquello que constituye su principal razón de ser, esperan salir del peligro sin ser absorbidos por el naciente partido bolsheviki, pero al mismo tiempo quisieran aprovecharse de éste en favor de la revolución, con la idea de llegar en un momento dado, a desobedecer a los jefes comunistas y a obrar por cuenta propia, desalojando enseguida al partido comunista y arrastrando a las masas, sobre las cuales entre tanto se habría adquirido cierto ascendiente, hacia una realización lo más anárquica posible de la revolución.

Ambas preocupaciones son justas en sí. Pero el doble fin de no hacer el juego a la burguesía y al social-reformismo y de cooperar a la revolución comunista para imprimirle la dirección más libertaria posible, será tanto más y mejor obtenido cuanto más y mejor evitemos las contradicciones y las confusiones de ideas, cuanto menos nos llenemos de ilusiones, cuanto mejor y más claro y a todos visible sea lo que nos une a los comunistas y sobre lo cual podremos cooperar con ellos y lo que nos separa de los comunistas y sobre lo cual no deben ellos hacerse ilusiones de habernos convencido.

* * *

Hace ya más de un año que la polémica sobre la "dictadura proletaria" se ha agotado en el campo anarquista y la generalidad de los compañeros conviene en reconocer la absoluta incompatibilidad — y en esto el mismo Lenín está objetivamente de acuerdo con nosotros — entre el anarquismo y toda idea de dictadura revolucionaria y de comunismo autoritario.

Hoy no es más la cuestión general, teórica y práctica, la que apasiona a los compañeros. Las últimas reminiscencias, los últimos vestigios del sarampión dictatorial, que dos años hace corrió de piel en piel entre nuestras filas, se manifiestan ahora en la incertidumbre sobre la actitud a tomar hacia la IIIª Internacional de Moscú. Esta incertidumbre, entre ciertos elementos nuestros, ha sido estimulada por el hecho de que el Comité de la IIIª Internacional ha declarado que las puertas de ésta están abiertas también a los anarquistas. Pero es necesario notar en seguida que no se trata de los anarquistas, grupos, federaciones o uniones anarquistas propiamente dichas, sino de organizaciones obreras abiertas a todos los trabajadores, que tienen una orientación más o menos libertaria (Unión Sindical Italiana, Confederación Nacional del Trabajo Española, Unión Libre de los Sindicatos Alemanes, Federación Obrera Regional Argentina, etc.) o de las cuales son exponentes los anarquistas.

También en este sentido la admisión de los anarquistas en la IIIª Internacional, además de estar subordinada a las condiciones de obediencia a las órdenes del Partido Comunista, está condicionada en tal modo que ella podría ser traducida por estas palabras: **los anarquistas serán admitidos en la III Internacional con tal que... cesen de ser anarquistas.** En efecto, la primera condición es la aceptación de la "dictadura proletaria", esto es de la orientación autoritaria y estatal de la revolución.

León Trotzki escribía desde Moscú, el 31 de julio del año pasado, a un sindicalista francés, que "quien bajo pretexto de anarquismo no admite el fin de la **dictadura del proletariado** no es un revolucionario, sino un pequeño burgués; y para éste no hay lugar en la III Internacional". También Lenín, muchas veces en el pasado, ha tratado despectivamente al anarquismo como una manifestación burguesa o pequeño-burguesa.

Pero cuando Lenín y sus amigos se dieron cuenta que el elemento anarquista constituía todavía una fuerza y que por lo tanto podía ser de utilidad revolucionaria comenzaron entonces a hacerle concesiones. Respondiendo Lenín, en julio o agosto de 1919, a una carta de un revolucionario inglés, se expresa en un cierto punto así: "Muchísimos trabajadores anarquistas se vuelven ahora sinceros adherentes al régimen de los soviets; y cuando tal ocurre ellos son nuestros mejores compañeros y amigos, los mejores revolucionarios; solamente por un malentendido eran enemigos del marxismo, porque el Socialismo oficial de la Segunda Internacional (1889-1914), fué infiel al marxismo, cayó en el oportunismo y desnaturalizó la doctrina de Marx..." etc.

Lenín no se da cuenta que los anarquistas pueden muy bien ser partidarios de un régimen de soviets, esto es un régimen en el cual el proletariado por medio de sus consejos regule por sí mismo su vida, la producción y el consumo, etc., entendiendo los soviets como asociaciones de libres producto-

res, sin admitir absolutamente por esto la dictadura, que es un gobierno que se sobrepone a los soviets y les quita toda libertad de acción y de desarrollo. Lenín se refiere en substancia a aquellos anarquistas que se decían tales "por malentendido", que militaban en las filas anarquistas solamente por impulsividad revolucionaria y por reacción contra el oportunismo reformista y no por haberse formado una real convicción anárquica sobre la dirección libertaria de la revolución y sobre la organización libertaria de la sociedad comunista del porvenir.

En otras palabras Lenin dice: Existen anarquistas que hasta aquí se han creido tales y tal vez se crean todavía, pero en realidad no lo son, ya que aceptan la idea de la dictadura; a esta especie de anarquistas abridles las puertas!— En este sentido él tiene perfectamente razón; pero cuando nosotros discutimos de anarquía y de anarquistas, en relación a la IIIª Internacional, no nos referimos a este anarquismo "por malentendido", sino a aquél que únicamente tiene derecho a tal nombre por ser contrario a toda forma de autoridad estatal o dictatorial, tanto en el fin como en los métodos.

***

La admisión de los anarquistas, o mejor de las organizaciones obreras guiadas por anarquistas, en la IIIª Internacional, tiende evidentemente a arrancar tales organizaciones a la influencia anarquista. Esta influencia es considerada un mal por los dirigentes de la IIIª Internacional. "Vosotros favorecéis con vuestro oportunismo, la táctica anarquista", reprochan ellos a los maximalistas... impuros italianos.

"El partido abandona en algunas localidades las masas en las manos de los anarquistas, exponiéndose así al peligro de perder la propia autoridad"—deploraban Lenín, Bukarin y Zinovieff en una carta de la Internacional Comunista a los socialistas italianos, el 27 de Agosto de 1920. Más adelante ellos agregaban que los proletarios de la Unión Sindical están mil veces más vecinos a ellos que los reformistas, pero no dejaban de precisar que esos proletarios siguen a los sindicatos dirigidos por los anarquistas por error o por ignorancia; y que despues de haber terminado la batalla contra los reformistas se podrá vencer al anarquismo. Es necesario, siempre según ellos, atraer a las masas orientadas hacia el anarquismo para demostrarles sus errores.

¿Qué significa querer demostrar sus errores a las masas orientadas hacia el anarquismo sino considerar al anarquismo como un error y tratar de arrancar a los anarquistas toda influencia sobre ellas? Ahora sería asaz extraño que los anarquistas, que permanecen tales precisamente porque creen no estar en error, faciliten al Partido Comunista tal insidiosa tentativa de absorción y de neutralización de todo el trabajo y la propaganda de cuarenta años!

En el "Bulletin Communiste" de Paris, del 30 de diciembre de 1920, Antonio Coen, hablando del movimiento en Italia,

reconoce que "los anarquistas tiene sobre el proceso revolucionario conceptos con los cuales los comunistas no pueden estar de acuerdo". Según Coen, nuestro movimiento en Italia tiene el error de desarrollar aquél espíritu de anarquismo que a Lenín costó tanto trabajo combatir en los comienzos de la República de los Soviets.

* * *

Nosotros creemos, al contrario, que está en el interés de la revolución difundir lo más que sea posible el espíritu anárquico de desobediencia y de revuelta contra toda disciplina obligada y coercitiva, el desacato a toda dictadura, cualquiera sea su especie.

Afortunadamente, en la Europa Occidental esta propaganda nos es facilitada por la índole de la población, por la inteligencia de la clase obrera, por el amor a la libertad, profundo sentimiento desarrollado en nosotros por una evolución secular a través de cien revoluciones. Lenín lo llama, dicen, un "prejuicio burgués" según una interpretación marxista suya. Pero en realidad se trata de una verdadera necesidad de la naturaleza humana, ahora ya casi tan fuerte como la necesidad del pan y del amor.

Un ejemplo de que no solo en el mundo anarquista propiamente dicho, sino también en el seno mismo de la organización sindical de tendencias avanzadas, este sentimiento de libertad está tan desarrollado como para oponerse a la tentativa de absorción y de monopolio de los dirigentes de la IIIª Internacional Comunista lo hemos tenido en el Convenio Sindicalista Internacional (es decir de los sindicatos del tipo de nuestra Unión Sindical Italiana) efectuado en Berlín, donde la mayoría de los concurrentes ha expresado su parecer contrario a toda especie de dictadura política. El convenio se ha atrincherado frente a la Internacional moscovita en una especie de benévola espera, también por deferencia a los méritos indiscutibles de la revolución bolsheviki, pero desde ahora ha hecho comprender que si la proyectada Internacional Sindical ha de ser organizada sobre los mismos sistemas autoritarios y centralizadores de la Internacional del Partido Comunista no se hará nada. Por lo menos las organizaciones sindicalistas revolucionarias existentes, sea de la Europa Occidental, sea de América, no se adherirán y probablemente formarán una Internacional aparte.

Todo esto es reconfortante. Y sería bueno que los compañeros estuviesen al corriente del movimiento, como de la actitud de la Internacional Comunista frente a los anarquistas (que nosotros hemos tratado de aclarar más arriba) para hacerse un criterio exacto de la posición recíproca de las dos corrientes del comunismo, la autoritaria y la libertaria, y de los límites dentro de los cuales es posible entre la una y la otra una fraterna cooperación y fuera de los cuales es necesario en cambio que cada uno recorra su propio camino.

CATILINA.



(Sobre el libro de Lenin del mismo nombre)

Ha sido recientemente publicado por el "Avanti!" un libro de Lenín, escrito después de la revolución, que por su título prometería ser un tratado que agotara el problema de las relaciones entre la revolución y el Estado. Mas, confesamos que hemos probado una fuerte desilución.

La personalidad de Lenin quedará en la historia esculpida con caracteres de fuego. Si no fuesen más que estos tres años, desde que él y su partido se han instalado en el poder, sobre un pueblo de trescientos millones de habitantes, bastarían ellos solos para testimoniar la potente energía moral y material de este hombre que un día figurará junto a los nombres históricos más célebres.

Pero donde nos parece que sus apologistas hayan hasta aquí errado en la exaltación de su maestro es cuando nos lo presentan como un "grande teórico del socialismo". A menos que se aluda a las obras anteriores publicadas solamente en ruso y no traducidas todavía al italiano o al francés, todo lo que hasta aquí se ha publicado de él demuestra en Lenin un fuerte polemista, uno que sabe manejar los textos del marxismo para hacerles decir todo lo que le agrada, un escritor sin pelos sobre la lengua, hábil en la argumentación como en la invectiva; pero sin ideas propias, sin una visión genial de conjunto, y árido, sin aquel fuego interior que hacen siempre vivos los escritos de Marx, de Mazzini, de Bakunin. También su cultura histórica y sociológica (al menos en aquello que hemos leído hasta aquí) aparece, vasta y profunda, ciertamente, pero solamente en lo que concierne al marxismo. Todo lo demás parece que no exista para él.

Algunos han querido ver en él un continuador de Marx. ¡Qué error! De Marx él no tiene más que los lados menos simpáticos, el exclusivismo feroz, el despecho hacia cualquiera que no piense como él, la aspereza de lenguaje, la tendencia a vencer al adversario con la ironía y el sarcasmo, la intolerancia con toda oposición. Como hombre de acción, o mejor, como guía y jefe de hombres de acción, Lenin es ciertamente una personalidad que no tiene igual en la historia del socialismo; y Marx mismo no podrá serle parangonado, ya que fué asaz más hombre de pensamiento que de acción. Pero como teórico, no añade propiamente nada a Marx, de cuyos textos es simplemente un exégeta, un comentador, un intérprete — cuando no es un sofisticador.

* * *

En esta convicción nos ha reforzado la lectura del último libro sobre "El Estado y la Revolución", sobre el cual nos hemos arrojado con avidez, ya que nos prometía tratar el problema que más nos interesa: esto es si efectivamente el Estado puede ser un instrumento de la revolución, o, más bien, un obstáculo, un embarazo, una asechanza continua a su desarrollo, necesaria de ser combatida continuamente, intentando destruirla y disminuirle el poder con una constante y ardiente oposición.

En cambio, hemos encontrado en el libro solamente un tratado para "uso interno" del partido socialista. Lenin os demuestra o procura demostrar que el sistema de la dictadura está en armonía con la dictadura marxista, y nada más. Parece que no le asalte, absolutamente, la duda de que se pueda ser socialista sin ser marxista y que la revolución no puede ser adaptada, sin mutilarla, sobre el lecho de Procusto de una determinada escuela doctrinal y unilateral.

La demostración de Lenin no nos persuade ni siquiera desel punto de vista del marxismo. Malgrado ciertas expresiones, empleadas más para dar fuerza a la enunciación del propio pensamiento que para ser entendidas en su significado literal, Carlos Marx concebía para la revolución un proceso democrático-obrero, no dictatorial. Quería, esto es, un gobierno socialista democrático, que usase el puño de hierro, ciertamente, contra la burguesía, pero que dejase al proletariado y a las varias fuerzas y corrientes socialistas esas libertades que suélese llamar democráticas (de voto, de prensa, de reunión, de asociación, de autonomías locales, etc.) en cuanto se basan sobre la prevalencia de las mayorías a través del sistema de las representaciones.

Nosotros, anarquistas, somos contrarios también a este sistema, en cuanto no reconocemos tampoco a la mayorías el derecho de oprimir a las minorías; en cuanto creemos ilusorias e incompletas las libertades prometidas por el sistema representativo. En este sentido somos anti-democráticos. Pero por la misma razón, y también con mayor hostilidad, somos adversarios de la dictadura, que nos negaría también las pocas e ilusorias libertades del sistema representativo, que da a la minoría, antes bien, a pocos hombres, el derecho de oprimir, de gobernar por fuerza, a las mayorías; si no queremos que las mayorías opriman a las minorías ,tanto menos podemos querer que éstas opriman a aquellas.

Más también, si efectivamente el sistema de la dictadura proletaria estuviera conforme a los "sacros textos" marxistas quedaría siempre por demostrar que una tal dirección rígidamente estatal sea la más apropiada para aproximar la revolución, como propaganda; y, en la actuación práctica, para desarrollar la revolución de modo tal que sustraiga al proletariado de la esclavitud económica y política, de la servidumbre estatal y propietaria. En vano hemos buscado tal de-

mostración en el último libro de Lenín: "El Estado y la Revolución".

* * *

El libro de Lenin es sobre todo una polémica con los social-demócratas y con los reformistas. Por esto decíamos que era más bien un escrito para uso interno del partido socialista. Hay una abundancia enorme de citas de Marx y de Engels—a decir verdad más de Engels que de Marx—, tanto que si se quitaran las muchas páginas de reproducción, todo el libro se reduciría a un opúsculo asaz modesto.

Naturalmente, nosotros no podemos más que subscribir tola primera parte del libro, en la cual es puesta a la luz la hipocresía burguesa y democrática, según la cual el Estado sería el representante de los intereses de todos los ciudadanos, mientras en realidad es un arma de la clase dominante para la explotación de las clases oprimidas. Pero después Lenin cae en el error marxista (o más bien engelsiano), según el cual el proletariado apoderándose de la autoridad estatal y transformando los medios de producción en propiedad del Estado logra hacer desaparecer el Estado mismo. ¡Si el Estado se convertirá también en propietario, tendremos el capitalismo de Estado, no el socialismo, y mucho menos la abolición del Estado o la anarquía!

¡Curioso sistema sería para abolir un organismo el de multiplicar sus funciones, y darle nuevos medios de potencia!

Con el Estado propietario todos los proletarios se volverían asalariados del Estado, en vez de asalariados de los capitalistas privados. El Estado sería el explotador, esto es que él, vale decir el montón infinito de los gobernantes altos y bajos y toda la burocracia en todos su grados jerárquicos, vendría a constituir la nueva clase dominante y explotadora. Parece que algo semejante está constituyéndose en Rusia, al menos en las grandes ciudades y en el campo de la gran industria.

He aquí el gran error marxista en lo que concierne al Estado, esto es el concebirlo como un simple efecto de la división de clases, mientras que es también una causa. No solo el Estado es un servidor del capitalismo, refuerza el privilegio económico de la burguesía, etc. sino que es él mismo una fuente de privilegios, constituye una clase o casta de privilegiados, alimenta la clase dominante suministrándole siempre nuevos elementos; y tanto más haría esto si, además de la fuerza política, tuviera también la fuerza económica, vale decir toda la riqueza social, como único propietario.

Lenin dice que la dictadura será "el proletariado organizado como clase dominante". ¡Pero esto es una contradicción en los términos! Si el proletariado se ha vuelto clase dominante no es más proletariado, no es mas no-poseedor. Significa que se ha vuelto el patrón. Además, si hay clase dominante, significa que existen clases dominadas; clases, esto es, que han quedado o se han vuelto proletariado. La división de clases continuaría subsistiendo. Y la única explicación de esta adivinanza es que

la clase dominante será constituida por una minoría del proletariado, que habrá desposeido a la actual minoría burguesa, a quien se habrá sojuzgado dominando políticamente y explotando económicamente al mismo tiempo a todo lo restante de la población, esto es a las viejas clases desposeidas y a la mayoría de los proletarios que quedarán como tales y permanecerán en sujeción.

Si este tremendo error se realizara, una vez más la humanidad habría sido ensangrentada en vano. ¡Ella no habría hecho más que darse vuelta sobre otro costado, en su lecho de dolor y de injusticia!

* * *

Miguel Bakunin preveía desde hace cuarenta y cinco años estas consecuecias de la aplicación del marxismo: el gobierno de los grupos obreros e industriales más progresistas, de las grandes ciudades, en daño y detrimento de las mayorías trabajadoras de las campañas, de los pequeños centros, de los oficios no calificados, etc.

Lenín, sobre la guía de Marx y de Engels, apela al ejemplo de las revoluciones francesas de 1848 y de 1871. Pero es propiamente de la experiencia de aquellas revoluciones que ha nacido el anarquismo como concepción libertaria de la revolución, en cuanto todos los teóricos revolucionarios que han visto de cerca aquellas dos revoluciones han constatado el daño de la dirección estatal o dictatorial de la revolución. El mismo Marx es citado sin razón, a tal propósito, ya que escribiendo sobre la Comuna de Paris no exalta de ningún modo el centralismo (como pretende Lenin) sino precisamente el sistema de las autonomías comunales.

Lenin habla de contínuo sobre la destrucción del mecanismo estatal, pero él quiere destruir el mecanismo estatal burgués para sustituirle por otro tan burocrático y entorpecedor, del partido comunista. En el cambio ganarán solamente aquellos que constituyan el personal del nuevo Estado, de la nueva burocracia. Me viene a la mente, a tal propósito, la antigua fábula del caballo llagado y recubierto de moscas, que rechazaba la ayuda de quien quería sacárselas "porque, decía, éstas que tengo encima están ya llenas, mientras que arrojadas éstas, vendrían otras más famélicas y voraces".

Este prejuicio centralista de Lenin se revela también en una advertencia que él hace a los anarquistas, "porque no quieren una administración". Quien es el que haya dicho a Lenin que los anarquistas no quieren administración no lo sabemos. Pero su error depende del hecho que él no ve posible una administración sin concentración burocrática, sin autoridad, esto es sin Estado; y ya que los anarquistas no quieren autoridad, Estado y concentración, él cree que no quieren administración. Mas es una extravagancia. En realidad la mejor administración, como la mejor organización, la verdaderamente merecedora de este nombre, es la menos centralizada y menos autoritaria posible.

Cuando Lenin dice, citando a Engels, que quiere llegar a la eliminación del Estado, enuncia una pía intención sin resultados prácticos, ya que la vía por él escogida, conduce, en cambio, al reforzamiento de la institución estatal, pasada simplemente del dominio de una clase al de otra en vías de formación.

En una publicación anarquista no se puede dejar en silencio lo que en este libro Lenin dice de los anarquistas y del anarquismo.

Algo hemos señalado más arriba. Pero no debemos disimular el esfuerzo que Lenin hace para ser justo con los anarquistas, tal vez porque sabe por experiencia cómo puede serle valioso su concurso. No siempre lo consigue, como por ejemplo cuando dice que los anarquistas no han aportado ninguna contribución a las cuestiones concretas sobre la necesidad de destruir el mecanismo estatal y el modo de substituirlo. ¡Toda la literatura anarquista es, propiamente, la demostración de lo contrario!

Pero Lenin rinde a los anarquistas esta justicia, después de cerca de treinta años, de reconocer que el libelo de Plekanoff "Anarquismo y Socialismo", que constituye junto a un menguado opúsculo de Deville, el único tratado de caracter socialista sobre el tema, es una pésima cosa.

Según Lenin, Plekanoff ha tratado este tema "evitando lo que en él había de más actual y de políticamente esencial, la conducta de la revolución hacia el Estado". En el folleto de Plekanoff, junto a una parte histórico-literaria bastante provista de material sobre las ideas de Stirner, Proudhon y otros (siempre según Lenin), hay una parte "de consideraciones filisteas y vulgares tendientes a demostrar que un anarquista difícilmente puede ser distinguido de un bandido". Este modo con que trató Plekanoff a los anarquistas en su polémica, Lenin lo atribuye a la política oportunista de Plekanoff, que quería en política "cabalgar sobre los estribos de la burguesía".

Ni aún hecho a propósito, el vulgar y filisteo libelo de Plekanoff ha sido justamente en estos días reimpreso, quien sabe por qué, por la librería del bolsheviki y leninista "Avanti".

Pero, si Lenin reconoce que la acostumbrada crítica del anarquismo, hecha por los social-demócratas del género de Plekanoff, recurre a trivialidades pequeño burguesas, sus argumentos no son más concluyentes, ya que también él toma de mira un anarquismo de su especial fabricación que no existe en la realidad. Repite las críticas de Engels a los prudhonianos, atribuye a los anarquistas la ilusión de poder abolir el Estado de hoy a mañana, sin ninguna idea sobre lo que debe substituirle en el seno del proletariado, etc.

Mas para demostrar como Lenin no ha comprendido enteramente qué es lo que efectivamente quieren y cómo entienden obrar los anarquistas, se necesitaría escribir otro tanto, al menos, de cuanto hemos ya hecho hasta aquí. Lo que haremos otra vez si... tenemos tiempo.

Luis **FABBRI.**



(Sobre un anarquista que ha olvidado sus principios)

En el último número de "La Vie Ouvriere" recibido de París encontramos una larga carta de un compañero ruso—Victor Serge—conocido en Francia, donde estuvo antes de 1915, bajo el pseudónimo de Kibaltchiche, quien escribe desde Moscú sobre la revolución rusa, en medio de la cual vive.

Verdaderamente, noticias trae pocas.

La carta más que otra cosa, es una polémica con el periódico "Le Libertaire" al cual le reprocha de haber permanecido fiel a nuestras ideas, según las cuales "es del todo erróneo" (para usar la frase de Bakunin) "el pensamiento de los comunistas autoritarios que una revolución pueda ser decretada y organizada, sea por una dictadura, sea por una asamblea constituyente"

Kibaltchiche no piensa así, ha cambiado de ideas y es partidario de la dictadura llamada proletaria.

Pero, como proceden todos los renegados que son, o aparentan ser, de buena fe, él se ilusiona de haber evolucionado y reprocha a los anarquistas que han permanecido fieles a sus propios principios de ser tradicionalistas, de haberse inmovilizado, mientras—dice él—el anarquismo no es tradicionalista, ni estático, sino dinámico. ¡Justamente! Pero él no se da cuenta que bajo el pretexto de sustraerse a una supuesta tradición anárquica, cae en la órbita de la vieja tradición estatal y autoritaria de los revolucionarios burgueses, si es que no directamente en la tradición absolutista y militarista de los antiguos regímenes.

El es el tipo del anarquista que ha forjado la anarquía como un bello sueño de su imaginación pero que en el fondo tiene poca fe en ella; y apenas los hechos se presentan ante los cuales habría que permanecer fiel a las propias ideas, aún a costa de choques, contrastes y sacrificios, torna sin mas a la senda opuesta. Y á los que de esto se asombran él responde:

"Es necesario marchar con la vida, es necesario estar con la realidad, es menester permanecer sobre el terreno de los hechos"

Exactamente el mismo lenguaje que usaban el año 1914 15 otros renegados de la anarquía para abrazar la política guerrera de sus propios estados, hasta volverse "anarquistas de gobierno que se olvidan de sus propios principios", y cuyas afirmaciones fueron tan brillantemente demostradas ser falsas por nuestro Malatesta.

Kibaltchiche es un anarquista de Estado (la contradicción entre estas dos palabras indica su posición equívoca) como lo eran en 1916 Grave y Malato; como eran socialistas de estado, con la diferencia de estar en menor contradicción con sus propias doctrinas, los Vandervelde, los Guesde y los Bissolati. También los intervencionistas de 1914-15 nos llamaban tradicionalistas, adoradores de las fórmulas, y decían como Kibaltchiche que era necesario reveer las propias ideas ante la realidad de los hechos etc. etc. Pero así como aquellos no sabían sustituir a las ideas anarquistas más que con la fraseología hueca y embustera propia de los demócratas burgueses, así Kibaltchiche no sabe precisar tampoco cómo y en qué es necesario correjir las ideas anarquistas y simplemente se escuda en "el hecho producido" en Rusia para repetir la fórmula marxista autoritaria del Estado como instrumento de revolución.

El, como algunos otros anarquistas de nuestro conocimiento, no ha comprendido que la parte más importante del programa anárquico no consiste en el sueño lejano, que también nosotros deseamos que sea verdadero, de una sociedad sin patrones y sin gobierno, sino sobre todo en la **concepción libertaria de la revolución**, de la revolución contra el Estado y no por medio del Estado, de la idea que **la libertad es también un medio**, además de un fin, **un arma de combate contra el viejo mundo** mucho más adecuada que la autoridad estatal preferida por Kibaltchiche y menos arma de doble filo, menos traidora que ésta.

Toda la parte vital de la doctrina anarquista está aquí; no surgida de golpe, como Minerva de la cabeza de Júpiter, del cerebro de un pensador aislado, aun cuando genial, sino derivada de la experiencia de las revoluciones precedentes, al contacto y al calor de las cuales, después de 1794, despues de 1830, después de 1848 y de 1871, los Godwin, los Proudhon, los Bakunin, los Arnould, los Pisacane, los Lefrancais, etc. han extraído las consiguientes enseñanzas que en buena parte la Iª Internacional hizo suyas y que hoy se conocen bajo el nombre genérico de anarquismo.

Si se reniega de esta función revolucionaria del anarquismo no se es más anarquista. Si todo el anarquismo consistiera en la visión lejana de la sociedad sin gobierno, o en la afirmación individual del **yo**, o en una cuestión intelectual y espiritual respecto a la conciencia individual, abstraída de la realidad vivida, no habría necesidad ni lugar para un movimiento político y social anarquista.

Si el anarquismo fuese simplemente una ética individual

para cultivar nuestro interior, adaptándose en la vida material a las acciones más diversas, a movimientos que con aquella estuvieran en contradicción, se nos podría llamar anarquistas y pertenecer a los más diversos partidos; y podrían ser llamados anarquistas tantos que, aun siendo intelectual y espiritualmente emancipados, son y permanecen siendo en el terreno práctico nuestros enemigos.

Pero nosotros no lo entendemos así, ni tampoco así lo han entendido jamás los que en el anarquismo han visto, no un medio para encerrarse en la torre de marfil, sino una manifestación popular proletaria y revolucionaria, una participación activa en el movimiento de emancipación de los trabajadores con criterio y finalidad igualitaria y libertaria al mismo tiempo. Kibaltchiche no aceptando más este criterio y finalidad en su complejidad se pone automáticamente fuera de la familia anarquista. Por lo demás lo confiesa implícitamente él mismo cuando llegando a las propias conclusiones, no se declara anarquista ni comunista anárquico, sino que se limita a decir: "Yo soy comunista". Muy poca cosa para no estar en un equívoco, porque no es cierto, como él afirma, que el comunismo sea de por sí antiestatal y libertario en su fin inmediato, desde el momento que en el Estado, en lugar de un obstáculo y una desviación, ve un arma de batalla contra el viejo mundo.

El se engaña y nos engaña cuando pretende conciliar el comunismo dictatorial con la anarquía, ya que el mismo Lenin advierte (ver "La obra de reconstrucción de los Soviets") que "el anarquismo y el sindicalismo anárquico son irreconciliables con la dictadura proletaria, con el socialismo, con el comunismo"—socialismo y comunismo, se comprende, según lo entiende Lenin, es decir, bolchevikismo.

* * *

En espera de saber por Kibaltchiche cual es el anarquismo no tradicional, constatemos que el suyo es mas propiamente un no-anarquismo. En efecto, él habla del movimiento anarquista ruso tan floreciente en el 1905-06 y en el 1917-18, en la forma mas pesimista posible. "Después de haber prestado inmensos servicios a la revolución y de haberle dado legiones de héroes—dice él—el movimiento anarquista ruso está destrozado en una total confusión ideológica, moral y práctica".

Sería triste, ciertamente, si no supiéramos de antemano que todos aquellos que abandonan un partido para ingresar en otro encuentran que en aquél que han abandonado todo va de mal en peor. ¡Todos los renegados ven las cosas con los mismos anteojos! Nosotros respondemos que no se puede destruir tan facilmente a un movimiento que ha tenido en sí la fuerza de dar a la revolución inmensos servicios y legiones de héroes.

Habrá acaecido, quizás, en Rusia como en otras revoluciones: que el idealismo ardiente y la energía revolucionaria de los combatientes han servido de escalones para el partido dominante ahora, y este se ha desembarazado de ellos después—o mejor

dicho se desembaraza de aquellos que no son capaces de adaptarse a ser funcionarios del nuevo gobierno y que no han querido renunciar a la expresión de sus propias ideas disidentes. ¿Podría Kibaltchiche darnos noticias de Emma Goldman y decirnos si es verdad que esta valiente mujer, llegada a Rusia llena de fe y de entusiasmo por la revolución, hoy se encuentra recluida en las prisiones de Moscú? Trate Kibaltchiche de obtener periódicos anarquistas en idioma ruso para consulta y si no encuentra ninguno díganos el porqué y explíquenos si es verdad que la prensa anarquista no es tolerada bajo el régimen dictatorial. Esto explicaría la "destrucción" del movimiento anarquista ruso mucho mejor que las sútiles distinciones entre el anarquismo tradicional y el no tradicional.

Si se trata de voces infundadas, de calumnias, que lo desmienta él o cualquier otro. Porque sobre los hechos de Rusia, ahora que la amenaza de los Estados Occidentales ha sido neutralizada y el gobierno de Moscú se siente vencedor, es bueno que se haga la luz, aun desde el punto de vista revolucionario, **desde el punto de vista de la libertad.** Por ejemplo, ¿qué hay de cierto en las noticias sobre el trabajo obligatorio en las fábricas rusas, sobre la disciplina militar, sobre los horarios prolongados y los pagos limitados, las prohibiciones de huelga etc.? A nosotros nada nos importa de las medidas tomadas contra los burgueses, los reaccionarios, los nobles, los frailes, etc., y podríamos también aprobarlas; lo importante es saber qué efectiva libertad gozan los proletarios, los revolucionarios, nuestros camaradas anarquistas—libertad de prensa, de organización, de reunión, de pensamiento, de experimentación etc. Y es justamente sobre esto que a nosotros se nos tiene más a oscuras.

Kibaltchiche solo habla en su artículo de las cosas menos importantes, del trabajo intelectual sobre la historia del Partido Comunista, de las fiestas y de los teatros al aire libre, etc. Aun la tiranía romana daba al pueblo "panem ed circenses"; y que en Rusia haya abundancia de espectáculos no ha de ser menos cierto; y tambien nos reconforta la noticia que nos trae Kibaltchiche de que el abastecimiento de Moscú y Petrogrado está bastante mejor que antes. Pero Kibaltchiche no nos habla de aquello que más nos interesa a los anarquistas, precisamente por ser anarquistas, esto es de la libertad. Y si las noticias venidas de muchas partes, que hemos expresado más arriba, fuesen exactas, confirmarían nuestra profunda persuasión de que el comunismo sin la anarquía, el comunismo en la forma estatal, es la negación de toda libertad. Cuando Kibaltchiche dice que "el comunismo aun en su forma gubernativa asegura al indivíduo más bienestar, más felicidad y más libertad que toda otra organización social actual dice por lo tanto algo que—por lo menos—espera aun la demostración de los hechos."

En Rusia hoy, lo confiesa él mismo, no hay nada de todo esto. Sabemos muy bien que una gran parte de las causas por

las cuales la revolución no puede dar aun al pueblo ruso un mayor bienestar, comodidad y libertad se deben al infame bloqueo de los Estados capitalistas, a la guerra sostenida hasta ahora contra la República de los Soviets por las potencias de la Entente, a las infamias sin nombre y sin número cometidas contra ella por la burguesía internacional. Sabemos todo esto; pero estamos convencidos que una parte de sus males, especialmente de los internos, los debe la revolución rusa a su orientación dictatorial, a su gobierno y a sus gobernantes. "No es este el momento de hacer el proceso a sus pecados" dice Kibaltchiche. Puede ser. Pero no se debe tampoco cubrir los errores e incitar a otros a repetirlos.

¿Qué es lo que Kibaltchiche quisiera en substancia? Que aun los mismos anarquistas franceses renunciaran a sus principios para entrar en la fracción comunista del Partido Socialista, "para disminuir los peligros del Socialismo de Estado y combatir la influencia del poder". Muy bien; ¡adelante! Sabemos por sobrada experiencia que todos aquellos que del anarquismo se han pasado al socialismo autoritario han terminado en las peores exageraciones reformistas, legalitarias y autoritarias. El mejor modo de ejercer una eficaz influencia anarquista es el de permanecer siendo anarquistas tanto en el fin como en los medios.

Pero, dice Kibaltchiche, la dictadura es un medio, es un arma, como el revolver. "Toda violencia es dictatorial". Aquí nuestro ex-camarada ruso hace un juego de palabras bastante fraudulento. Confunde, ultrajándola, la violencia del rebelde con la violencia del gendarme, la violencia del pueblo que se subleva con la del gobierno que oprime, la violencia del que rompe las cadenas y se liberta y liberta a los otros con la del que fabrica e impone nuevas cadenas.

La dictadura es la violencia del Estado, no la violencia de la revolución; y aunque se diga y se crea revolucionaria detiene y desvía a la revolución. Rechazarla, combatirla, colocarse en la oposición no significa por cierto "retirarse de la acción", como cree Kibalchiche, sino en cambio realizar una acción diferente, más revolucioinaria y más libertaria al mismo tiempo.

Kibaltchiche dice que en el momento en que generaciones enteras se sacrifican "no desea disputar inútilmente sobre sus preferencias personales". Pero el concepto anarquista de la revolución no es una preferencia personal de Juan o de Pedro, ni es tampoco un apriorismo de partido. Es en el interés de la revolución que los anarquistas están contra la dictadura; para que la revolución no aborte, no limite sus propósitos, no forme un organismo que inevitablemente preparará una nueva forma de dominio estatal, una nueva clase dominante. Nosotros deseamos ardientemente que no ocurra esto en Rusia, ya que todo lo hace temer; y mientras la lucha cuesta hoy aquí tantos sacrificios y nuestros mejores compañeros son arrojados a las cárceles por las "guardias reales" de la burguesía.

no deseamos mañana ser reducidos a no tener otra satisfacción que la de ser arrojados a una prisión por las "guardias rojas" de la dictadura proletaria!

"Lo que importa — dice todavía Kibaltchiche — es estar hoy sin reservas en favor de la Rusia roja para que ella viva!" ¡Ciertamente! No sabemos si diríamos lo mismo si estuviéramos en Rusia; por cierto haríamos una distinción entre la Rusia del pueblo y la del gobierno, la oficial. Pero, ya que vivimos en pleno régimen burgués, contra el Estado y la burguesía de aquí, nosotros somos solidarios sin reservas con la Rusia revolucionaria. Pero esto no implica que debemos transigir sobre la cuestión de la dictadura, sobre el problema de la dirección revolucionaria — ya que la revolución puede iniciarse aun fuera de Rusia.

Defendamos la revolución rusa de las calumnias burguesas, gritemos a los pueblos para que acudan a defenderla contra las agresiones de los estados capitalistas; pero no cerremos los ojos sobre sus errores y no nos preparemos para repetirlos. No nos hagamos cortesanos del éxito y del hecho realizado hasta llegar al olvido total de nuestros principios.

¡Permaneciendo ante todo anarquistas habremos cumplido nuestro primer deber hacia la revolución!

CATILINA.

LA FUNCION ANÁRQUICA EN LA REVOLUCIÓN

La revolución no es actualmente, como antes de la guerra, una eventualidad de la que no corre prisa ocuparse de ella. Tiene muchas probabilidades de que sea pronto un hecho, y de aquí la necesidad que tenemos los anarquistas de saber qué función deberemos ejercer, aunque, como es bastante probable, no lleve la dirección precisa que nosotros quisiéramos.

Es muy fácil que en la mayor parte de las naciones de la Europa Occidental una revolución en estos momentos o en momentos bastante cercanos, establecería una república que, por tendencias más o menos socialistas que tuviere, estaría muy lejos de asemejarse a un orden de cosas anárquico. ¿Deberemos por ésto poner obstáculos a la revolución o sernos indiferente por el motivo de que no podrá darnos lo que quisiéramos? No hay un solo anarquista que así lo piense. Al con-

trario, deberemos tomar parte en ella con todas nuestras energías, sea con objeto inmediato de derribar todas las instituciones de privilegio y de opresión que nos sea posible, o sea para aprovecharnos de la momentánea ausencia o debilidad gubernativa para reforzar nuestra posición de anarquistas creando y multiplicando instituciones libres y voluntarias fundadas en el mutuo acuerdo, que sean el punto de partida para una nueva acción y que representen y constituyan la defensa de la libertad en oposición o cualquier gobierno que se constituyere.

¡Si previendo que la solución más probable de la revolución fuese una república más o menos dictatorial o socialista, nosotros renunciáramos desde ahora a nuestra función de anarquistas y nos adhiriésemos al movimiento y a la propaganda republicana o socialista dictatorial, nos convertiríamos en un inútil duplicado de otros partidos y nos cerraríamos de hecho el camino nuestro, dejaríamos de ser una fuerza independiente y quedaríamos absorbidos por los partidos de gobierno de mañana. Si así fuere nuestra equivocada actitud, la revolución tomaría una dirección más autoritaria aún, y la ausencia de una oposición que la empuje más adelante haría que fuese menos radical. En cambio, aunque de la revolución surja un gobierno cualquiera, éste será tanto menos opresivo y nos tendrá que dar tantas mayores libertades, cuanto más imbuido esté de espíritu igualitario, cuanto más haya en el país fuerzas de oposición ultrarrevolucionarias y libertarias, cuanto más numerosos sean los núcleos, las asociaciones y las instituciones que reivindiquen la libertad de administrar por sí mismos sus propios intereses y de organizar con iguales libertades las propias relaciones con la restante sociedad.

Se nos dice que esta oposición al poder de mañana podría favorecer las tentativas contrarrevolucionarias del interior y del exterior y debilitar la posición general de la revolución. Decir esto significa desconocer el carácter y el espíritu de la oposición antigubernamental anárquica. De otra parte, la ausencia de una oposición al gobierno podría muy bien provocar en él una mayor degeneración, hasta el punto de convertirse él mismo gobierno en centro de la temida contrarrevolución. Pero aunque así no sucediere, se debe comprender que la oposición anarquista se movería siempre en un sentido más revolucionario, es decir, encaminado a combatir con mayor energía e intransigencia los residuos que quedaren del pasado en lugar de favorecerlos. En la misma oposición podría dar su concurso más activo — y en la oposición este concurso sería aun más seguro e inevitable — para combatir en el terreno de la acción, de acuerdo con las demás fuerzas revolucionarias de otro género, cualquier tentativa reaccionaria o burguesa de dentro o de fuera.

Se suele decir entre nosotros, ya desde los tiempos de Bakunin, que la revolución será anárquica o no será revolución; pero hay quien entiende esta fórmula de modo erróneo, como si dijéramos: o la revolución se encaminará hacia la

anarquía o en caso contrario no queremos saber nada de ella. No es esto. Bakunin quería decir que, para tener éxito, la revolución necesita que se desaten todas las fuerzas latentes en el pueblo, sin frenos ni coerciones, en todas partes y en todos los sentidos, y de hecho, así es de prever que ocurra en el primer momento insurreccional. Si se perdiese demasiado tiempo ordenando, controlando, etc., si en todas partes se esperasen órdenes de los jefes o de un centro, es casi seguro que la reacción nos ganaría el terreno. El triunfo de la revolución será más seguro si la iniciativa revolucionaria se desarrolla voluntaria en todas partes del territorio, ataca directamente los organismos autoritarios y, una vez abatidos, pasa a la expropiación.

Concurrirán en la revolución y podrán también ser útiles, las fuerzas organizadas, ordenadas, movidas por este o aquel centro, guiadas por jefes, etc., pero estas fuerzas solas serían insuficientes y llegarían siempre demasiado tarde, si la primera acción anárquica, más o menos indisciplinada formalmente, pero unánime por una disciplina interior más sólida porque estará formada de una unidad de tendencias, no hubiese vencido las primeras resistencias, desembarazado el terreno de operaciones e impedido con el asalto imprevisto y en todos los puntos a las fuerzas enemigas poder reunirse, concertarse y coaligarse. Aun en este sentido, pues, la acción anárquica (entendida no solamente en el significado de partido, sino en modo más general), tiene una función imprescindible que, si renunciáramos a ella para incorporarnos en una especie de ejército con sus cuadros esperando órdenes de jefes o de centros, tal vez renunciaríamos a la victoria.

La revolución, por lo tanto, aunque no sea anarquista en el sentido que quisiéramos, no dejará de ser una revolución y no nos impedirá tomar parte en ella; pero más o menos anárquica que sea, más o menos autoritaria, lo cierto es que, "cuanto más anárquica sea tanto más completa será y mayores probabilidades tendrá de vencer". La misión de los anarquistas, pues, estriba en imprimir a la revolución la dirección más anárquica posible.

* * *

No cabe duda que es esta una misión relativamente limitada, y que para llevarla a cabo no tendremos fuerzas tan abundantes que nos permitan el lujo de dedicar unas cuantas a tareas que no son nuestras.

Es indudable que si faltan las condiciones necesarias para establecer un régimen anarquista, surgirá un gobierno cualquiera, más o menos revolucionario, y por lo tanto precisará que algún grupo o partido asuma la obligación de gobernar. Pero al hacer esta suposición, ¿quiere decir que los anarquistas debamos asumir esta obligación? No, jamás. Si la grey humana tiene aun necesidad de pastores, que los escoja donde quiera. Pero nosotros que no queremos pastores, tampoco queremos serlo, ni sabríamos serlo. Continuaremos, por con-

siguiente, combatiendo a los pastores y estaremos contra ellos en la medida que ellos mismos merezcan, tanto más hostilmente cuanto más les veamos propensos a adoptar el palo y las tijeras del esquilador. Ya desde el primer momento nosotros no querremos que se nos coarte, que se nos pegue y se nos esquile.

Claro que no confundimos la autoridad coercitiva con la administración. La facultad de administrar será una de las cosas esenciales enseguida, al mismo día siguiente de la insurrección victoriosa. Pero, ¿qué es lo que confiere esa facultad? No ciertamente el hecho de ser los individuos más salientes de un partido, ni el ser nombrados diputados o comisarios del pueblo. Se trata de una facultad técnica que no es privilegio de gobernantes el ejercerla.

Nosotros no excluímos los administradores técnicos, a condición de que éstos sean elegidos entre los interesados, condición principal para que sean competentes y administren según los pactos libremente estipulados entre los mismos interesados. Es decir, que se trata de delegación de funciones siempre revocables, y no de delagación de poderes. Mientras esto no sea posible y sean los llamados administradores los que hagan la ley según la cual administrarán, es decir, mientras sean gobernentes, es evidente que no habrá anarquía. En tal caso, cuya posibilidad no excluímos, la función de los anarquistas consiste en hacer propaganda y luchar para que sustituya a la ley coercitiva el libre acuerdo, pero de ningún modo convertirse en administradores-gobernantes.

Por lo demás, obsérvese que, actualmente, los que administran, en el sentido práctico de la palabra, no son los gobernantes; éstos, al contrario, dificultan la administración de los servicios y de la riqueza pública, mandan a los verdaderos administradores y desvían y hacen degenerar su misión a beneficio de aquéllos. ¿Acaso en los municipios la oficina del estado civil o de estadística tiene necesidad del delegado regio, del alcalde o del asesor para funcionar? ¿Acaso la industria o el comercio, los ferrocarriles, los correos y telégrafos, todos los servicios públicos, etc., están "administrados" por los gobierios o por los ministros? Los verdaderos administradores son los funcionarios técnicos dependientes, casi siempre desconocidos, que, por lo que de útil y necesario hacen ninguna ventaja tienen en ser funcionarios estatales, al contrario, les perjudica el servilismo que entorpece sus servicios.

De igual modo en la gestión de la riqueza privada, la función administrativa más útil, la única necesaria, no es ciertamente la de los accionistas, de los propietarios y de los banqueros, sino la del personal administrativo de cada servicio, de cada fábrica, de cada establecimiento, de cada empresa, estipendiado o asalariado y no patrono. Ahora bien, ¿por qué no debería usufructuarse sus facultades administrativas en modo libertario, sin sobreponerles órganos de coerción y de control, inútiles en la práctica cuando no nocivos?

Claro que mientras los interesados, o por lo menos un número suficiente de ellos, no tenga una cierta consciencia de sus necesidades y del mejor modo de satisfacerlas y de sus derechos y deberes,, no será posible la anarquía. Pero esta conciencia no se les podrá formar mandándolos, imponiéndoselas con la fuerza, sino creándoles nuevas condiciones que hagan posible la formación y desarrollo de tal consciencia. En la servidumbre no se forman hombres libres, fuera de pequeñas minorías; únicamente la libertad puede dar la conciencia libertaria a las grandes mayorías. Y he aquí por qué es necesario que haya, durante y después de la revolución, un partido que combata principalmente por la libertad, que conquiste y defienda la mayor suma de libertad para todos.

Cierto que la libertad no es el único problema social importante y nosotros no queremos dejar arrinconados los demás; pero es uno de los más importantes, antes nos parece que después que el del pan es el más importante de todos. Hasta se podría sostener que el problema de la libertad está en primera línea, si se piensa que el salariado es una forma de servidumbre, que, en sustancia, los patrones son los opresores, los enemigos de la libertad de los obreros a quienes explotan; si se piensa que, si estuviéramos libres de la opresión estatal, si el gobierno no nos impidiera toda libertad de movimiento, pronto nos habríamos desembarazado de cualquiera otra opresión y resuelto todos los demás problemas. No sería difícil demostrar que cada problema social se reduce en último análisis a una cuestión de libertad, como procuró demostrar, veinticinco años atrás, Sebastián Faure en uno de sus notables libros.

Pero esto importa poco. Volviendo al modo más comun de entender el asunto, es verdad que hoy los hombres entienden poco su interés, pero para entenderlo solo puede enseñárselo la experiencia. Si en cambio se quiere que sean unos cuantos los que se cuiden de este interés de todos, gobernándoles, ¿cómo se elegirán? ¿quién los elegirá? Para los imbéciles y los ignorantes también la ciencia será una tiranía, suele decirse. ¿Pero quién será el representante de la ciencia que pueda estar autorizado para imponer su tiranía? ¿Acaso basta la ciencia para que sean honrados los que la poseen, para hacerles desinteresados, para impedir que se sirvan de la ciencia y del poder juntamente para hacer su interés en perjuicio de la colectividad? Si hoy las verdades más evidentes de la ciencia no son aceptadas buenamente ni reconocidas por todos aquellos que más interés tienen en reconocerlas, no es por una innata malicia suya, sino por el modo como quisieran imponérselas, por las condiciones de ambiente, económicas y sociales que les impiden comprenderlas o aceptarlas sin un cierto daño inmediato.

Por ejemplo, no basta que el médico y el arquitecto expresen el parecer de que la gente vaya a habitar casas higiénicas y limpias, para persuadir a las personas habituadas a vivir entre porquería a que cambien de casa. Primeramente

es necesario construir las casas sanas y decentes; es necesario quitar a los señores el uso supérfluo de las nueve décimas partes del espacio que ocupan su palcios y sus villas, y entonces veréis que la pobre gente hoy amontonada en los tugurios no tendría dificultad en pasar a las nuevas habitaciones donde hallarán mayor comodidad y posibilidad de vida y un mayor motivo para que aprendan a vivir menos puercas, siempre más limpias. Para persuadirse de esto basta visitar y comparar los barrios viejos donde la población obrera está demasiado aglomerada con los barrios nuevos de muchas ciudades constituidos por casas y casitas obreras construidas según las normas higiénicas y con la comodidades más modestas (sea por iniciativa privada, o cooperativa o municipal) para ver en seguida cómo estas últimas señalan un inmenso progreso sobre las primeras en cuanto que sus habitantes ofrecen ya un nivel más alto de civilización, de limpieza, de decencia y de orden.

No cabe duda que para la proyección de las casas deben ser propuestos los higienistas y los arquitectos y no los inquilinos, y al construirlas los albañiles seguirán los planos dados por el ingeniero y no las indicaciones del primer ignorante en esta materia que se presente. Suponer que la gente pretenda lo contrario, solo por el hecho de que ya no hay gobierno, sería una tontería. En cualquier administración la capacidad técnica es la primera cualidad necesaria, pero esta cualidad no tiene nada que ver con la de gobernar, de mandar y de imponerse con la violencia o la amenaza.

* * *

Pero el esfuerzo que debe hacerse es siempre el mismo, doble: desbaratar el orden de cosas actual, es decir, demoler las instituciones nocivas, cambiar el ambiente, para que los hombres a su vez puedan transformarse, y entre tanto ir cambiando cuanto sea posible la mentalidad y la consciencia de la minoría más susceptible de ser influida por nuestra propaganda, a fin de que esta minoría adquiera la fuerza necesaria para dar el primer empujón a la barraca estatal y burguesa, al propio tiempo que constituya el primer núcleo de la sociedad libre de mañana.

Enseguida, ya desde el primer momento, sin esperar la época en que los hombres sean maduros, deben entenderse los hombres de buena voluntad para resistir a los malvados y a los sin escrúpulos e impedirles que arrastren ,engañándola, a la masa aun inconsciente de los interesados, poniendo en práctica donde puedan y tanto como puedan las propias ideas y los propios medios de organización social.

Luis FABBRI.

Hacia una Sociedad de Productores

Lucha de ideas sobre los organismos de la Revolución proletaria en Italia.

Interesante libro conteniendo una selección de las principales tesis relacionadas con uno de los problemas más trascendentales en el actual momento revolucionario: el de crear los organismos aptos para la obra de administrar los destinos de una nueva sociedad, la Sociedad de los Productores libres y conscientes.

SUMARIO:

El gesto de la nueva organización social (¿Productor o ciudadano?) por Zino Zini.

Los planes de la nueva organización social. (Lucha de ideas sobre la constitución de los Soviets). — I. Punto de partida de los planes sovietistas. — II. Proyecto para la constitución de los Soviets, por Nicolás Bombacci. — III. El comunismo marxista y los planes sovietistas, por Palmiro Togliatti. — IV. El sindicalismo y los planes sovietistas, por Enrique Leone. — V. El comunismo anárquico y los planes sovietistas, por Argon.

Los cimientos de la nueva organización social. (Lucha de ideas sobre la creación de los Consejos de fábrica). — I. La concepción comunista marxista de los Consejos de fábrica por la redacción de "L'Ordine Nuevo".—II. La concepción comunista anárquica de los Consejos de Fábrica, por M. Garino.

Apéndice. — I. Resoluciones aprobadas por el Consejo Nacional del Partido Socialista Italiano. — II. Resoluciones aprobadas por el Congreso de la Unión Comunista Anárquica Italiana.

Un volumen de 80 páginas: 0.50.

Por cantidades mayores: 25 % de descuento.

Correspondencia y pedidos a: **M. L. SOBRADO**

Casilla de Correo 1940 — **Buenos Aires**

Publicaciones de la "EDITORIAL ARGONAUTA"